

## EL BRIGADIER BARRADAS Y LA RECONQUISTA DE MÉXICO, 1829

Jesús RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO<sup>1</sup>

### *RESUMEN*

A pesar de lo reducido en lo temporal y espacial, el intento de reconquista española de México resultó de gran trascendencia para ambas naciones en liza. Todavía hoy es poco conocido en España este enfrentamiento debido a que se trató de un sonoro fracaso militar que llevó definitivamente a la pérdida de las colonias americanas continentales, y para México este acontecimiento supuso la confirmación de su independencia alcanzada en 1821, además de un profundo enaltecimiento patriótico al repeler la invasión española.

Al mando de este ejército reconquistador se encontraba el brigadier Isidro Barradas y su imagen quedó unívocamente unida a la quimérica reconquista española de México, a la difamación y el olvido. De lo acontecido en el verano de 1829 a las tropas mexicanas y españolas en las costas veracruzanas y en el puerto de Tampico, versa este trabajo, fruto de la monografía *Barradas: El último conquistador español. La invasión a México de 1829*.

**PALABRAS CLAVE:** Barradas, reconquista, México, 1829, ejército, independencia, Tampico.

---

<sup>1</sup> Doctor en Historia. Profesor Colaborador Honorífico y miembro del grupo de investigación PRESDEIA de la Universidad Rey Juan Carlos.

*ABSTRACT*

Despite of the fact that the period of time and the space were really short, the spanish attempt in order to conquest Mexico was really important for both nations this confontation is almost unknown in Spain because of being a huge military defeat and the main reason of the loss of the Continental American colonies. Moreover, it was the historical event that confirm the independence of Mexico reached in 1821 and the patriotic exaltation against the spanish invasion. The leader of this army created in order to conquest was the Mayor General Isidro Barradas and he become in the image of the chimeric spanish reconquest of Mexico, the slander and obscurity. This is the work refered to the fight happened between the spanish and mexican troops on the coast of Veracruz and in the port of Tampico, the result of the monograph *Barradas: The Last Spanish Conqueror. The Invasion of Mexico, 1829*.

**KEY WORDS:** Barradas, conquest, Mexico, 1829, army, Independence, Tampico.

\* \* \* \* \*

*Isidro Barradas, el fiel soldado*

Isidro Plácido del Rosario Barradas y Valdés nació en el Puerto de la Cruz (Tenerife) el 6 de octubre de 1782 en el seno de una familia dedicada a la mar que, según en el primer empadronamiento realizado por la Real Sociedad Económica del País de Tenerife, era de escasos recursos.

Cuando Isidro contaba pocos años, la familia se trasladó a Venezuela en donde se encontraban varios parientes de sus padres, Matías Barradas y María Valdés, tales como Sebastián Miranda, padre del futuro prócer de la independencia de Venezuela, Francisco Miranda. Se establecieron en la ciudad de Carúpano, en la costa del mar de las Antillas, dedicándose al transporte de cacao y café por mar. Al cumplir los veinte años, el joven Isidro entró a servir en las milicias de su ciudad como soldado distinguido. Pronto pudo demostrar su valor cuando, al año siguiente, evitó el desembarco de tropas inglesas que arribaron en el bergantín *Victoria*. No tardó en estallar la guerra por la independencia en Costa Firme y en 1812 participó en el apresamiento del bergantín

patriota *Botón de Rosa*; luchó con éxito en la defensa del oriente venezolano desde las costas de Güiría hasta su ciudad de Carúpano. Un año después su padre fue asesinado y confiscados todos sus bienes por el insurgente José Francisco Bermúdez.

La carrera militar de Barradas fue espectacular; teniente en 1814, es ascendido a capitán tan solo seis meses después, al mando de una compañía en los hechos de armas de los Cerros de Barquisimeto en julio del año siguiente. Asimismo participó en la toma por sorpresa de San Fernando de Apure con su Regimiento de Infantería Sagunto y en la batalla de Mucuchíes o de Niquitao en el páramo merideño.

De esta unidad fue destinado a la de Numancia como comandante militar de San Fernando de Apure en Los Llanos que, al mando de 435 hombres, tuvieron que enfrentarse a una fuerza muy superior compuesta por 3.600 patriotas que a las órdenes del general José Antonio Páez habían sitiado la plaza. Barradas y sus hombres dieron finalmente batalla a los libertadores en las cercanas llanuras de Mucuritas, ante una caballería mucho más numerosa. Gracias al valor mostrado pudieron resistir y los esperados refuerzos del general Morillo rechazaron al enemigo. Este hecho de armas supuso el ascenso al grado de teniente coronel. En su hoja de servicios se puede leer la opinión de sus superiores: «valor, bastante; aplicación, regular; conducta, buena»<sup>2</sup>.

En 1818 Barradas, al frente de la columna de Paya, se infiltró en terreno enemigo (Llano de Casanare) con el objetivo de arrear ganado para mantener sus tropas, tal como realizará años más tarde en la futura campaña en tierras de Altamira de Tamaulipas. Pocos meses después fue requerido para incorporarse a la tercera División del Ejército Expedicionario a Nueva Granada, destacándose en la batalla del Pantano de Vargas en la que desalojó con sus 80 granaderos a medio millar de enemigos que habían tomado el alto que dominaba el camino de Toca.

Pero no todo fueron éxitos; en 1819 el Ejército Expedicionario de Costa Firme fue derrotado en la decisiva batalla de Boyacá quedando la tropa dispersa y desconcertada. Es en ese momento cuando Barradas, en compañía de varios de sus oficiales, procedió a reunir los restos dispersos de las fuerzas españolas, recogiendo a cerca de 270 hombres entre los de su batallón y los del ligero de Tambo. Embarcados en el río Magdalena el 17 de agosto se dirigió por Muro a Santa Fe, pero llegados a esta ciudad la encontraron ocupada por los enemigos, por lo que

---

<sup>2</sup> AGS, Archivo General de Simancas, Guerra Moderna, leg. 7298, cxx, folio 3.

decidieron continuar la navegación hasta Monpox, no sin soportar el continuo hostigamiento de las fuerzas independentistas.

El 23 de enero de 1820 es derrotado por el insurgente José Antonio Maíz en la batalla de Peñón de Barbacoas, consiguiendo escapar. Cartagena sería su próximo destino. Allí, el jefe de la plaza, el brigadier Gabriel de Torres y Velasco, dijo de él que cumplía su cometido «con la constancia, exactitud y celo propio del oficial pudoroso y aguerrido». Pronto, la ciudad fue sitiada y Torres le encomendó el mando de una compañía de granaderos del regimiento de León con 400 hombres. Salió de esta plaza para enfrentarse a 1.400 enemigos en Turbaco arrebatando la vida de 300 de ellos y las piezas de artillería que portaban. Una bala de fusil le atravesó el muslo derecho por lo que tuvo que ser evacuado a Cartagena en donde su vida corrió serio peligro. Esta acción no pasó desapercibida a sus superiores y fueron estos los que declararon la acción como «servicios militares distinguidos, en grado heroico», proponiendo que le fuera otorgada la Cruz Laureada de San Fernando. Tras la rendición de Cartagena en octubre de 1821, Barradas se dirigió a La Habana en donde se curaría de sus heridas.

Ya en enero de 1823 Barradas abandona la isla y parte rumbo a Maracaibo con refuerzos para aliviar el continuo azote de los patriotas. Durante la travesía, la escuadra colombiana apresó a la corbeta *María Francisca* que viajaba con la misión de proteger al convoy, hecho este que no impidió que Barradas, una vez más, mostrase su enorme arrojo y salvase a los 240 leales de Coria que iban con él. Morales<sup>3</sup>, en agradecimiento a su valentía, decide otorgarle la faja de color rojo para que la porte por encima de la casaca. En virtud a los «buenos servicios, constante lealtad y amor al Rey y a la Constitución política de la Monarquía, especialmente por los buenos servicios que ha hecho en el continente», el 21 de febrero Morales le asciende a comandante de batallón de Infantería de línea, y días después, el 15 de marzo, le confiere una misión de gran trascendencia para la supervivencia del ejército expedicionario en Costa Firme. Se trataba de que Barradas se dirigiera a la corte para que el gobierno enviase refuerzos urgentemente.

Finalmente, la derrota de la Marina Real en el lago Maracaibo el 24 de julio de 1823, obligó al capitán general Morales a capitular el 3 de agosto. Entre octubre y diciembre de este año llegaron a La Habana los

---

<sup>3</sup> Francisco Tomás Morales nació en Carrizal de Agüimes, Las Palmas de Gran Canaria, en 1781. Antes de la guerra regentaba una pequeña pulpería y alcanzó el grado de mariscal de campo. Fue el último capitán general de Venezuela. Falleció en Las Palmas en 1845.

restos del extinto ejército de Costa Firme, siendo recibidos con una frialdad que rozó el desdén; Barradas informaba de que «varios semblantes, y casi aseguraría a ustedes que si pudieran muchos pasarse a Costa Firme, lo harían a costa de sus vidas, prefiriendo vivir en los montes con perjuicio de su existencia, mejor que habitar donde son aborrecidos de todas las Autoridades y Empleados, sin más causa que ser beneméritos servidores del Rey y tener la satisfacción de haber servido a las órdenes del general Morales».

El arribo de Barradas a la península coincidió con el final del periodo constitucional y con la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis. El rey recibió en Sevilla al emisario del general Morales y muy buena impresión tuvo que causarle para que le fuera encomendada la delicada y trascendental misión de llevar a la isla de Cuba los Reales Decretos de 3 y 20 de octubre de 1823, en los que se proclamaba el retorno al absolutismo y el fin del Trienio Liberal. Fiel cumplidor de las órdenes de su rey, embarcó en el puerto de Cádiz el 29 de octubre de 1823, dando la vela en la fragata de guerra francesa *L'Euridice*. El capitán general Vives acusó recibo de Real Orden por la que se instauraban todos los poderes reales el 15 de diciembre y así lo reflejó la prensa habanera en el *Diario del Gobierno de La Habana*: «El teniente coronel don Isidro Barradas salió de Cádiz para La Habana con cartas reales para aquel capitán general, el ayuntamiento, comandante general del Apostadero y del prebendado Obispo en las cuales mandaba Su Majestad que tan luego como llegase el expresado oficial, se restableciese su legítima autoridad y todas las cosas al mismo ser y estado en que se hallaban antes del 7 de marzo de 1820»<sup>4</sup>.

Tan pronto cumplió las órdenes regresó a Cádiz el 29 de enero de 1824, tras navegar desde La Habana en la misma fragata francesa, en donde notificó al capitán del puerto gaditano el éxito de su misión. Barradas informó satisfecho al primer secretario de Estado del objetivo cumplido y de los cambios que, a su juicio, se debieran producir en la Isla para el mejor servicio al rey: «Sin embargo de este feliz suceso La Habana encierra dentro de sus muros toda clase de malvados, perjudiciales a los intereses y justa causa de Su Majestad por lo que me apresuro a hacer presente a Vuestra Excelencia lo urgente que es en esta ciudad la presencia de tres mil hombres, mandados por jefes conocidos por su fidelidad para mantener la autoridad del Rey Nuestro Señor»<sup>5</sup>. Días

<sup>4</sup> *Diario del Gobierno de La Habana*. La Habana, 10 de diciembre de 1823.

<sup>5</sup> AGM, Archivo General Militar (Segovia), Sección 1, leg. B-836. Bahía de Cádiz, 28 de enero de 1824.

después, ya en la capital del reino, escribió una nueva carta al secretario de Estado en la que se ofrecía al rey para alistar en estas islas un destacamento que velase por los intereses reales en Cuba, fundamentales para el comercio español: «El Rey Nuestro Señor pensó enviarme desde Sevilla en octubre último [1823] por medio de su ministro de Estado antecesor de Vuestra Excelencia a las Islas Canarias, con el objeto de sacar de allí dos mil hombres para remitirle al general del Ejército expedicionario de Costa Firme, mariscal de campo D. Francisco Tomás Morales, esto no tuvo lugar entonces por la comisión que Su Majestad tuvo a bien confiarme en 21 del mismo a La Habana, y sin embargo de la evacuación de Costa Firme con aquel ejército, considero vigente la necesidad de sacar este número de hombres de las expresadas islas Canarias, pues estos naturales con mucha facilidad y con muy poco riesgo del vómito se aclimatan en La Habana».

Barradas, habituado a los rigores de la guerra en tierras venezolanas, sabía cómo obtener el mayor rendimiento de los hombres y de los recursos. Es por ello que ofreciera sus servicios para enviar un batallón desde Canarias a La Habana que según sus estimaciones reduciría el costo una tercera parte de lo que supondría hacerlo desde la península. Para ello las tropas serían remitidas en pequeñas partidas que se embarcarían gratuitamente en los numerosos barcos mercantes que partían hacia Cuba. No cabe duda de que para Barradas sus paisanos habían demostrado su fidelidad al rey en donde «más de diez mil han muerto en la Venezuela, donde en gran número estaban establecidos, y los que han escapado han vuelto a su país», y no era menos importante su esfuerzo personal, «quien había derramado su sangre en distintas ocasiones, y perdido un padre idolatrado, a quien degollaron los insurgentes»<sup>6</sup>.

Tan solo una semana después, Isidro Barradas volvió a redactar una fogosa carta plena de intenciones y acusaciones que con el tiempo supondría un grave antecedente. Solicitaba al rey el envío de al menos dos batallones a La Habana y Puerto Rico para garantizar la seguridad de estas islas. Barradas no duda en acusar al poderoso intendente de La Habana, Claudio Pinillos, de defender los intereses del consulado de comerciantes en vez de velar por el bien de la corona, por lo que recomienda enviar a esta isla a un hombre «de toda la real confianza para que se ponga a la cabeza de la Real Hacienda, que arregle los varios ramos de

---

<sup>6</sup> AHN, Archivo Histórico Nacional, Estado, leg. 5276, exp. 128. «Carta de Barradas al secretario de Estado». Madrid, 18 de febrero de 1824.

esta: de este modo Vuestra Majestad podrá sacar la inmensa utilidad de que es susceptible esta rica colonia».

El rey reconoció la fidelidad al régimen del capitán general Vives, aprobó su conducta y manifestó su entera satisfacción por su lealtad, por todo ello, que le confirmaba en su cargo en la Capitanía General y le concedía la Gran Cruz de Carlos III. Asimismo dice: «Al oficial D. Isidro Barradas que Su Majestad ha quedado muy satisfecho de la actividad y celo con que ha desempeñado su comisión, concediéndole en recompensa la Cruz de Comendador de Isabel la Católica, libre de todo gasto y además se le recomienda a Guerra»<sup>7</sup>.

Fernando VII aceptó la iniciativa y una semana después, el 8 de marzo de 1824, se resolvió por real orden que se reclutase un batallón expedicionario en Canarias, quedando dicho batallón bajo las órdenes de su promotor, Isidro Barradas. Pocos días después, el brigadier desembarcaba en Santa Cruz y era recibido por el brigadier Isidoro Uriarte y Gálvez, quien había llegado a las Islas Canarias como nuevo capitán general en el mes de noviembre pasado [1823], con la misión de emplear su autoridad y firmeza entre los insulares para el restablecimiento de la autoridad real y prevenir cualquier conato de resistencia que se opusiese a la voluntad del rey. El capitán general prestó el máximo apoyo y amparo a la petición de su colega Barradas. Los métodos utilizados por Uriarte y Barradas sorprendieron a la sociedad canaria por la manera de cubrir las plazas de voluntarios que debían componer este batallón<sup>8</sup>. Por medio de las reales órdenes de 8 y 20 de marzo, el rey ordenaba que se reclutase una fuerza en las Islas Canarias de 1.500 a 2.000 quintos. Como era costumbre, primero se solicitaba voluntarios y, en caso de no cubrirse el cupo, se reclutaba a todo hombre soltero, desocupado, mal entretenido o vago y, si no fuera suficiente, efectuaría un sorteo (24 de agosto de 1824). El corregidor de la isla, Isidoro Uriarte, informaba que, debido a distintas circunstancias, el cabildo no se había podido reunir hasta el 6 de octubre. Distintas excusas de los concejales, enfermedades y diversas ausencias prolongaron lo que para el cabildo suponía un duro golpe a la comunidad tinerfeña. Finalmente la cifra designada para formar el batallón de voluntarios sería de 1.200 hombres.

---

<sup>7</sup> AGM. Expediente personal del brigadier Isidro Barradas.

<sup>8</sup> AASCL (Archivo del Ayuntamiento de San Cristóbal de la Laguna), M-V, I. S-II. Tb. HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel: *La emigración canaria a América (1765-1824)*. Ayto. de La Laguna-Ayto. de Icod de los Vinos-Centro de la cultura popular canaria, Tenerife, 1996, pág. 229.



*La Gazeta de Madrid* se hizo eco de esta expedición y el nombre de Barradas empezó a ser conocido entre los lectores españoles. La noticia fechada en marzo de 1825 decía:

«El 3 de febrero de 1825 salió con destino a América una expedición compuesta por varios buques de transporte y guerra [6 barcos] que conducen a su bordo un lucido cuerpo de tropas organizadas y equipadas en aquellas islas [1.036 hombres]. Añade que los jóvenes de que se compone son todos robustos y de bella presencia en general y que lejos de mostrarse pesarosos de abandonar por algún tiempo sus hogares, se han embarcado contentos en medio de alegres y repetidos vivas al Rey nuestro Señor, y llenos de confianza en su benemérito jefe el coronel D. Isidro Barradas. La actividad, inteligencia y el amor a la augusta persona de Nuestro Soberano que distinguen al comandante general de las islas Canarias el brigadier D. Isidro de Uriarte y al referido Barradas, han facilitado la pronta y completa organización de este hermoso cuerpo; y Su Majestad, satisfecho del celo de ambos, les ha mandado dar las gracias en su Real nombre».

Tan pronto llegaron a La Habana, el capitán general Vives procedió a la disolución del cuerpo expedicionario, integrando a sus componentes entre los diversos regimientos de la plaza, medida que no agradó al coronel Isidro Barradas. Una Real Orden de 5 de julio de 1825 lo instó a que regresase a la península. En la corte, el rey escuchó las acusaciones que este lanzó contra los máximos mandatarios de Cuba, entre los que se encontraban el intendente Martínez Pinillos, el capitán general Francisco Dionisio Vives y el gobernador de Cuba, brigadier Francisco Illas, tal como quedaron reflejadas en las Actas del Consejo de Ministros. Barradas acomete sin rubor y también, por qué no decirlo, sin prudencia alguna, graves acusaciones a varios militares entre los que destacan el citado Francisco Illas y el coronel expedicionario López, y se anticipa a vislumbrar un triste episodio que se produciría dos años después: la traición del coronel Feliciano Montenegro, quien tras obtener la confianza del capitán general Vives fue nombrado su secretario particular. Barradas alertaba a su majestad de que este coronel: «se halla de secretario del general Vives, disfrutando de toda su confianza, y que es probable haya enviado ya a los insurgentes el plan de defensa de la expresada isla, por todo lo cual juzga muy difícil que pueda sostenerse esta preciosa parte de la Monarquía»<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> ACM, Actas del Consejo de Ministros, vol. I. Documento n.º 7. «Carta de Isidro Barradas al Rey». Madrid, 17 de septiembre de 1825.



El 25 de septiembre de 1825 el rey confiere el gobierno civil y militar de Cuba (Santiago de Cuba) al destacado servidor real Isidro Barradas. Este dirigió un escrito a su majestad en el que daba su opinión de cómo debía solucionarse el conflicto americano:

«El territorio que voy a mandar es el que está más expuesto a los insurgentes de Costa Firme como igualmente a los negros de Santo Domingo por su parte oriental, es decir está rodeado de un volcán: ofrezco a Vuestra Majestad que por mi parte nada quedará que hacer, no habrá sacrificio que me sea costoso pues el de mi vida en servicio de Vuestra Majestad es el que miro con más indiferencia; más este mismo sacrificio será enteramente aislado si de la Capitanía General de La Habana no van las providencias bien dirigidas porque al cabo soy un subalterno y un subalterno que siempre ha procurado llevar las órdenes de los jefes, porque en campaña no hay cosa más peligrosa que examinarlas o interpretarlas»<sup>10</sup>.

Pocos meses permaneció Isidro Barradas en su nuevo destino, pero a pesar de la brevedad de su gobierno, tuvo tiempo de enfrentarse con las autoridades municipales y la élite comercial de la plaza, quienes seguían manifestando su simpatía por el recién depuesto gobernador y recelaban del canario. Esta postura era compartida a su vez por el resto de autoridades de la isla.

La defensa de Barradas consistió en arremeter contra su antecesor Francisco Illas y el mismo Cabildo de Santiago de Cuba, así como contra el fiscal del Consejo de Indias; del primero sentenciaba que era el «motor de estas quejas, y sostenidos todos por el señor fiscal del Consejo de Indias D. Juan Gualberto González<sup>11</sup>, su cruel enemigo, pues contando con él dan este paso».

Juan Gualberto González-Bravo, quien llegaría a ser ministro de Gracia y Justicia en 1833, fue durante catorce años oficial de la Real Hacienda en La Habana, manteniendo una estrecha relación con otro

---

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Juan Gualberto González-Bravo (1777-1857). Nacido en la localidad onubense de Encinasola, diócesis de Sevilla, estudió la carrera de leyes y ejerció como abogado de los Reales Consejos. En 1803 solicitó el puesto de fiscal de la Real Hacienda de La Habana (AGI, Ultramar, 150, n.º 66). Posteriormente fue fiscal del Consejo de Indias entre los años 1816 y 1828 (AGI, Ultramar 131, n.º 67), siendo nombrado el 25 de marzo de 1833 ministro de Gracia y Justicia, ocupando el cargo hasta el 29 de septiembre del mismo año. Durante estos meses firmó el Acta de Proclamación de la Reina Niña Isabel II. En 1845 fue nombrado senador vitalicio, perteneciendo durante estos años al sector moderado de los absolutistas muy cercano a posturas liberales. Falleció en 1857.

personaje importante en esta historia, el intendente Claudio Martínez Pinillos, conde de Villanueva. Lo cierto es que Barradas conocía muy bien a Illas ya que los dos habían hecho la guerra en Venezuela. Francisco Illas y Ferrer era miembro de una rica familia de comerciantes dueños del bergantín *Palomo* que participó en la repatriación de Puerto Cabello el 4 de noviembre de 1821. En ese mismo año ya era coronel de milicias que, a diferencia de Barradas (quien tuvo que alcanzar su grado por méritos de guerra), lo consiguió por la importante suma de dinero aportada a favor de la causa española.

El Consejo de Indias decidió aconsejar al rey la reposición en el cargo del brigadier Illas y una nueva Real Orden autorizaba al depuesto coronel a que: «regrese a la península, siempre que no se encuentre inconveniente para ello», cosa que hizo embarcándose rumbo a la corte, vía Martinica y Francia el 14 de octubre de ese mismo año. A su vez, Illas tocaba tierras cubanas ese mismo mes. Barradas llegó a España a finales de diciembre de 1826. Destinado a Sevilla fue nombrado comandante en jefe del Regimiento de Infantería de la Corona Octavo Ligero<sup>12</sup>. El 22 de marzo de 1828 el Rey ascendió a Barradas a brigadier con el sueldo de doscientos escudos de vellón (4.000 pesos)<sup>13</sup>. *La Gazeta de Madrid* se hizo eco de la salida del regimiento de Barradas ocurrida el 17 de mayo rumbo a la Isla de Cuba con 180 oficiales y 2.000 hombres de tropa. Esta noticia no pasó desapercibida a las autoridades mexicanas en Francia. El representante de negocios mexicanos en Burdeos informó a su superior en París Mr. Murphy de este suceso que ponía en prevengan a la nueva nación de un inevitable ataque español a tierras mexicanas<sup>14</sup>.

Como ya empezaba a ser habitual en la vida de Isidro Barradas, fue corta su estancia en la isla antes de regresar a la península. El rey volvía a solicitar su presencia y, antes de embarcarse, delegaba el mando de su regimiento a su compañero de armas, el teniente coronel Antonio

---

<sup>12</sup> En el año 1823 con la nueva reorganización de la infantería en batallones sueltos, reciben los nombres de «Batallón de Infantería n.º 15» y «Batallón de Infantería n.º 16», para que en 1827 vuelven a reorganizarse los regimientos y toma el nombre de «Regimiento Provincial de Infantería» con el que es trasladado a Cuba y reorganizado en 1828 como «Regimiento de Infantería Octavo Ligero» y el año siguiente como «Regimiento de Infantería de la Corona n.º 8» y posteriormente se transforma en «Brigada Ligera de la Corona». Tras el fracaso de la expedición de Barradas, en 1835 pasaría a llamarse «Regimiento Ligero de la Corona n.º 5».

<sup>13</sup> AGM, Sección I, leg. B-836.

<sup>14</sup> RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, Jesús: *La expulsión de los españoles de México y su destino incierto (1821-1836)*. Universidad de Sevilla-CSIC-Diputación Provincial de Sevilla, Madrid, 2006, pp. 156-161.

Vázquez. Barradas regresaba de nuevo a la península y el rey decidió que este fuera quien dirigiera la expedición reconquistadora. A su vuelta a Cuba hizo escala en su Santa Cruz de Tenerife, en donde se encontró con su protector y amigo, el Mariscal Francisco Tomás Morales, quien gobernaba en el archipiélago canario. El capitán general hará embarcar a cuatro compañías del Regimiento Albuera 7.º Ligero que permanecían en esta isla de guarnición desde 1827 y, en cuatro buques de guerra y varios de transporte, llegará a La Habana el 28 de mayo de 1829, con la misión de poner a punto el ejército expedicionario en el menor tiempo posible. La Real Orden de 21 de agosto de 1828 dispuso que los brigadieres Ángel Laborde Navarro, comandante general del Apostadero de La Habana, y Isidro Barradas, comandante en jefe del Regimiento de Infantería Ligera de la Corona, desembarcaran en algún lugar de las costas de Nueva España para iniciar la reconquista.

Un día después de la llegada de Barradas a La Habana, las órdenes emitidas por el mismo rey y por sus ministros de la Guerra y de Hacienda empezaron a transmitirse entre los distintos cuerpos del ejército implicados en la expedición. Las órdenes directas del monarca decían de este modo: «El Rey Nuestro Señor ha resuelto que la Brigada de la Corona se ponga al completo disponible de 3.000 hombres y por los cuerpos de La Habana, 1.º de Cataluña, España, Barcelona y Galicia por iguales partes, deberán darles el número de reemplazos que les quepa, siendo voluntad de Su Majestad que sean soldados hechos por



N.ºs 1 y 2. Bandera del Batallón y Coronela de la División expedicionaria

ser preceptivo para la fatiga de la campaña»<sup>15</sup>. En mayo de 1829, la Brigada quedó constituida por los tres batallones con un total de 3.376 hombres. Barradas creía firmemente que la actitud recta, conciliadora y respetuosa con las vidas y pertenencias de los mexicanos por parte de sus tropas, en contraposición con la anarquía reinante en el ejército americano, sería motivo suficiente para ser recibidos «como sus salvadores».

El 18 de junio de 1829 se reunían en la casa de gobierno el capitán general Francisco Dionisio Vives, el comandante del Apostadero Ángel Laborde y el brigadier Isidro Barradas para tratar sobre qué punto de la costa mexicana resultaría más conveniente para efectuar el desembarco. En palabras de Vives, la preferencia de realizar esta acción en las costas yucatecas, tal como se rumoreaba en todo el Caribe, no era la más acertada porque consideraba que con la expulsión de los españoles de la provincia de Yucatán se habían roto las comunicaciones con aquella península y, por consiguiente, se ignoraba el ánimo y las fuerzas con que contaban para su defensa, además de que el gobierno revolucionario de México se hallaba persuadido de las intenciones españolas.

La exposición de Vives fue aprobada por unanimidad, por lo que se decidió buscar otra ubicación para el desembarco de las tropas expedicionarias. Acto seguido se pasó a meditar sobre los puntos en que podría dirigirse el desembarco, seleccionando tres destinos: la isla de Lobos, un punto de la costa frente al continente, la entrada o inmediaciones de La Barra de Tampico y las inmediaciones de Soto de la Marina. El día 24 de ese mismo mes volvieron a reunirse los tres citados miembros de la Junta acordando por unanimidad hacerlo en un punto que se hallase entre el Cabo Rojo y la Barra de Tanguijo cercano al pueblo de Tamiahua. La premura con la que se realizaron los preparativos de la expedición -cuarenta días- provocó el malestar en prácticamente todas las instancias militares y civiles de la isla. Al margen de la opinión de las autoridades respecto a la conveniencia o no de esta expedición, fueron tantos los trastornos que padecieron los distintos cuerpos del ejército y de la armada por este motivo que la figura del brigadier Barradas fue tachada de caprichosa y exigente. Pero lo cierto es que este general no hacía otra cosa que cumplir debidamente las órdenes del rey y sus ministros.

---

<sup>15</sup> ANC, Archivo Nacional de Cuba. Asuntos políticos, leg. 34, exp. 26. El marqués de Zambrano al señor Comandante de la Vanguardia del Ejército Real de Su Majestad brigadier D. Isidro Barradas. Madrid, 21 de marzo de 1829.

*De La Habana al primer enfrentamiento en tierras veracruzanas*

A pocos días de que la división partiera, el general Barradas se dirigió a sus hombres, primero, para señalar las expectativas que albergaban y, por otra, inflamar el espíritu bélico y patriótico de los últimos conquistadores españoles<sup>16</sup>:

«Españoles: vais a partir para Nueva España, teatro donde hace 300 años se inmortalizaron los antiguos y denodados españoles, mandados por el valeroso Hernán Cortés. Aquellos conquistaron ese hermoso país, vosotros vais a pacificarlo, a hacer olvidar el pasado, y a establecer el paternal gobierno del mejor de los Reyes. Los mexicanos no son nuestros enemigos, son nuestros hermanos; los unos alucinados y los otros subyugados por sus tiranos. Empezaremos marchas penosas; acaso tendremos que combatir como obstinados; pero la disciplina y el valor atraerán a nuestras filas la victoria.

Soldados: mantened siempre el orden en las filas; acordaos que sois españoles, y que en las batallas os necesitáis los unos a los otros.

La primera cualidad del valiente es ser indulgente con el vencido; respetad su desgracia, no le echéis en cara sus pasados extravíos; el absoluto olvido de lo pasado es la base fundamental de nuestra empresa.

El pillaje enriquece a pocos, envilece a todos; destruye los recursos, hace enemigos de los pueblos, cuya amistad se quiere granjear.

A nombre de Su Majestad premiaré vuestras virtudes militares, y las acciones heroicas; pero seré inexorable contra aquel que con su conducta pretenda deshonorar el nombre español».

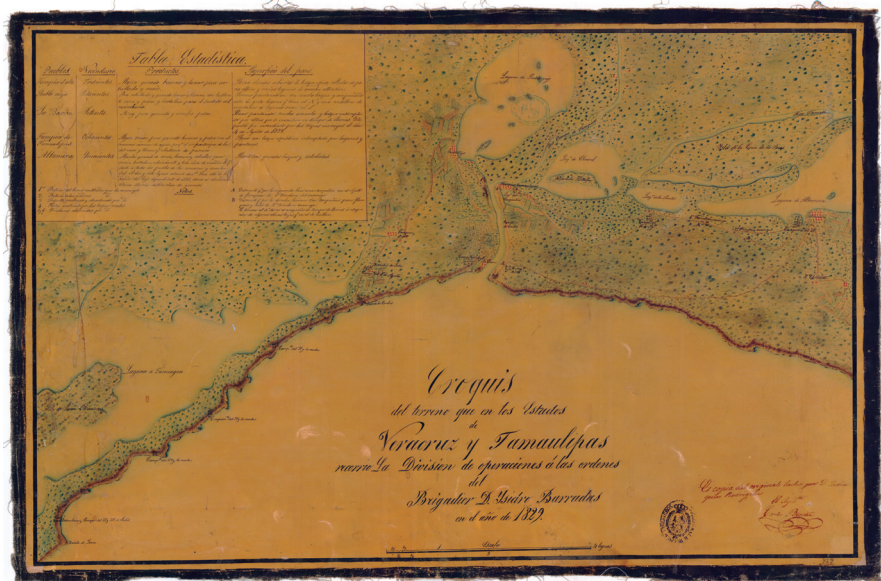
Por fin la expedición, no exenta de fuertes enfrentamientos entre Barradas y las distintas autoridades militares de la isla, se embarcó el cinco de julio y, un día después once embarcaciones se dieron a la vela transportando un contingente de 3.376 hombres. Tras 21 días de navegación el brigadier Barradas coincide con la exposición del capitán de navío Ángel Laborde y así se lo comunica al capitán general Vives: «Según el plan concertado con Vuestra Excelencia debíamos desembarcar en las playas de Tamiahua, más el temporal que fue el Sureste y los vientos que después de pasados siguieron venteando, por este rumbo, hicieron impracticable en aquella costa inaccesible el desembarco. En consecuencia de esto convenimos el comandante general Laborde y yo en buscar un punto más fácil de atracar que aquel dirigiéndonos a la playa de

---

<sup>16</sup> AGI, (Archivo General de Indias). Documentos de Cuba, 2144. «El comandante general de la vanguardia, Isidro Barradas». Cuartel de Regla, junio de 1829.



Punta Jerez en donde dimos fondo el veinticuatro como a dos leguas de tierra»<sup>17</sup>.



N.º 3. Mapa de la expedición reconquistadora del general Barradas realizado por el subteniente Joaquín Rodríguez Campos, 1829. IHCM, México 10/14

El desembarco en palabras de Barradas se produjo: «El general Laborde con sus sabias maniobras y con una fuerza sutil, formó un muelle con la lancha del navío Soberano que hizo fondear en la reventazón de la playa, y en este muelle ambulante desembarcaban los soldados, en donde yo los esperaba, les hacía dejar el fusil y cartuchera en dicho muelle o lancha y enseguida les hacía botar al agua por la popa de dicha lancha vestidos y con morral a cuestras y en donde les daba el agua por los pechos, más teníamos marineros apostados desde la lancha a tierra a la que con su ayuda saliesen a tierra, los marineros que luego conducían los fusiles y cartucheras sin que hubiere perdido arriba de diez fusiles y como unos mil cartuchos mojados...»<sup>18</sup>.

Las declaraciones de cerca de cincuenta oficiales que fueron llamados a testificar en el sumario abierto al comandante en jefe de la expe-

<sup>17</sup> ANC (Archivo Nacional de Cuba), Asuntos Políticos, leg. 34, exp. 10. «Oficio n.º 311. Isidro Barradas al capitán general de la isla de Cuba». Cuartel general en la playa de Punta de Jerez, 28 y 29 de julio de 1829.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

dición pacificadora, Isidro Barradas, en enero de 1831 nos ha permitido acceder a información inédita de los acontecimientos. Los oficiales que participaron en primer lugar en el desembarco así como los que estuvieron encargados de la vanguardia aprobaron las decisiones del general, y por el contrario, los que marcharon sin información de lo que sucedía a su alrededor criticaron severamente la actitud de su comandante en jefe.

A la compañía de cazadores del 1.º Batallón mas treinta granaderos del 3º Batallón le correspondió el honor de ser los primeros en saltar a tierra. A estos le siguieron el resto de granaderos y cazadores «que sin dilación alguna tomaron posición dando frente a la campaña, hasta que reunida la de granaderos pasó a situarse como a un cuarto de legua más adelante». Mientras, la quinta compañía del segundo batallón fue la última en desembarcar<sup>19</sup>. Al fiscal, coronel Miranda y Madariaga, le interesó especialmente conocer qué medidas se tomaron durante las dos noches y un día que estuvo acampada la expedición en el mismo punto del desembarco. El teniente coronel Faustino Rodríguez explicó «que el campo se estableció sobre los médanos de arenas elevados inmediatos al punto del desembarco, y las compañías de granaderos y cazadores del primer batallón apoyaban la derecha; y la del tercero la izquierda defendiendo la parte del O, por un cantil inaccesible, varias avanzadas grandes, guardia de campo, y patrullas, todo debido al infatigable celo, y actividad del jefe de la plana mayor teniente coronel D. Fulgencio Salas; sin ocurrir más novedad en las dos noches. Al día siguiente, después de formadas las compañías, a la hora de la lista, se procedió a leer la proclama del general Barradas que les recomendaba, entre otras cosas, la más severa disciplina y el buen comportamiento con los naturales del país»<sup>20</sup>. Finalmente se comunicó la decisión del brigadier de cambiar el nombre a la hasta el momento llamada Brigada de la Corona por la de División de Vanguardia del Ejército Real y designar a los batallones de la siguiente manera: el primer batallón pasó a llamarse Rey Fernando, el segundo Reina Amalia y el tercero Real Borbón.

### *México defiende su patria: la emboscada en Los Corchos*

Por fin, el día 29 de julio el general Barradas dio la orden de emprender la marcha pero antes decidió desembarcar de la fragata Lealtad

<sup>19</sup> ANC, Asuntos Políticos, leg. 34, exp. 26. Declaración del Tte. Col. Bernabé Molina.

<sup>20</sup> IHCM (Instituto de Historia y Cultura Militar), sig. 5-2-4, n.º 9. Diario reservado de la Campaña de México, expedición de Barradas por el ayudante de campo D. Joaquín Rodríguez Campos, 1829.



122.400 pesos, a pesar del terreno arenoso rodeado de grandes lagunas sin acémilas para su conducción. La tropa tuvo que soportar un peso excesivo al verse obligados a portar los innumerables enseres además de su fusil, doce paquetes de cartuchos y raciones para ocho días. A diferencia de Barradas, que alabó el trabajo del marino Laborde, este último no cita en ningún momento el esfuerzo y tesón del comandante general de Tierra durante la peligrosa maniobra de desembarco. A lo largo de la expedición se volverán a producir momentos en que el brigadier elogiará la labor de otros sin recibir ningún reconocimiento cuando se trataba de su persona.

De cómo se desarrolló la marcha y de si se tomaron las medidas precautorias propias de un ejercicio como este, la opinión de los oficiales es contradictoria; no obstante la mayor parte sostenía que el general Barradas actuó según las ordenanzas y artes de la guerra. El Capitán José Mínguez certificó que tan pronto como se hacía alto en el punto destinado para pernoctar, se formaban pabellones en el orden de columna cerrada, y se establecían por el Estado Mayor las correspondientes guardias y avanzadas para cubrir toda la avenida, de modo que ninguna noche se interrumpió a la tropa el descanso<sup>21</sup>. Todas las declaraciones coinciden en las penurias que padeció la tropa: el calor extremo, la falta de agua potable, las picaduras del temible mosquito jején, las largas marchas por terrenos de arena suelta y el exceso de peso que debían portar los sacrificados soldados españoles.



**Banderas españolas en la batalla de Tampico, 11 de septiembre de 1829.**  
**Catálogo de la Colección de Banderas, Museo Nacional del INAH,**  
**Secretaría de Gobernación, México, 1990, págs. 53 y 54**

<sup>21</sup> ANC, Asuntos Políticos, leg. 34, exp. 26.

Durante la última jornada por las arenosas playas de Tampico:

«La división emprendió la marcha a las 4 de la mañana llevando algunos enfermos y observando la vanguardia la tropa enemiga de ayer en doble número y que seguían todos nuestros movimientos, a las 2 de la tarde, hicimos alto en un rancho, cerca de la laguna de Tamiahua, donde se mojó la tropa, con un muy fuerte aguacero. Este alto fue para comer y seguir la marcha por la tarde, dándose la orden de preparar los ranchos, pero algunas compañías no lo pudieron cumplir por falta de víveres para hacerlo, pues los soldados fatigados, regaban la playa con el arroz y la galleta que llevaban de ración, por cuyo cansancio murieron algunos soldados y 4 o 5 desertaron. A las 3 de la tarde continuaron la marcha volviendo a tomar la playa y el enemigo comenzó el fuego sobre nuestra 1.<sup>a</sup> compañía de cazadores. Se mandó a esta que avanzase y sin interrumpir la marcha se sostuvo el fuego de una y otra parte hasta que oscureció, haciendo alto y estableciendo el campamento en el orden acostumbrado y relevándose la compañía de descubierta 1.<sup>a</sup> de cazadores por la 3.<sup>a</sup> del mismo, sin haber tenido por nuestra parte más que dos soldados heridos, a las 9 de la noche llegó la compañía que cubría la retaguardia y dio parte de haber dejado tendidos en la playa a tres soldados muertos de cansancio y que a la vista había notado una partida de caballería enemiga de observación»<sup>22</sup>.

Al día siguiente se produciría el primer enfrentamiento importante, el de Los Corchos «las compañías de cazadores de vanguardia y retaguardia destacaron flanqueadores por la izquierda, que reconocieron los médanos más bajos, no pudiendo hacerlo en los más elevados a causa de las dificultades que ofrecía su piso de arena suelta y movediza, la espesura del monte bajo de espinos que los cubre, y el estar casi perpendiculares, pues para ello hubiera sido preciso detener por muchas horas la marcha de la columna» declaró el comandante Marcelo Corbalán<sup>23</sup>. El teniente coronel Molina explicó detalladamente en su comparecencia en el juico contra su comandante en jefe, cómo se produjo el primer enfrentamiento entre ambas tropas:

«Cuando la guerrilla descubridora se hallaba inmediata al vigía y parapetos, los enemigos se vieron en el caso de romper fuego, verificándolo sobre las dos compañías de cazadores, primero y segundo Batallón, a cuyo acto el declarante se arrojó con su compañía sobre los parapetos

<sup>22</sup> IHCM (Instituto de Historia y Cultura Militar), sig. 5-2-4, n.º 9. Diario reservado de la Campaña de México, expedición de Barradas por el ayudante de campo D. Joaquín Rodríguez Campos, 1829.

<sup>23</sup> ANC, Asuntos Políticos, leg. 35, exp. 19.

enemigos logrando tomarlos, y pasarlos persiguiendo a los dispersos en dirección de Pueblo Viejo [...] el primero y segundo Batallón se dirigieron con la mayor intrepidez sobre la cordillera y parapetos y que el tercer Batallón marchaba en columna sobre la caballería que se hallaba en la playa [...] que emprendió la marcha la división en dirección a Tampico el Alto, pernoctando esa noche en una hacienda nominada La Sosa. Este primer encuentro se saldó con pérdida española de 3 oficiales, 20 soldados muertos y 8 oficiales y 70 soldados heridos, habiendo sido las bajas del enemigo en más que doble número de soldados heridos, 20 prisioneros con un oficial, una pieza la artillería de campaña, fusiles ingleses y algunos caballos.

A las 6 de la mañana del día siguiente, 2 de agosto, emprendimos la marcha para Tampico Alto, el cual distaba una legua del rancho de Sosa, y después de marchar una hora avistamos el pueblo y un grupo de caballería enemiga a su izquierda, ocupando la falda del bosque. El general determinó dejar en este punto a 200 hombres para custodiar a los enfermos y heridos.

Al día siguiente la división emprendió marcha a Pueblo Viejo, distante 3 leguas llegando a la una de la tarde encontrando el pueblo abandonado como el anterior y sólo con tres o cuatro casas de comerciantes extranjeros en donde les informaron que el general La Garza con 3.000 hombres ocupaba La Barra y que tenía preparada una emboscada en el paso llamado Las Piedras que toda la emigración de los pueblos estaban sobre las armas a sus órdenes y las mujeres, niños y ancianos andaban ocultos por los montes [...] El coronel Vázquez con las 4 compañías de su regimiento, quedó en Pueblo Viejo de guarnición y el resto de la división emprendió la marcha para La Barra. Todos los cuerpos marchaban por esta sabana formados en columnas ocupando la derecha la columna de cazadores, con una compañía de flanqueadores, la izquierda ocupaba el 1º regimiento y el 3º y el centro la caballería a pie, la artillería, guías y rancheros de cada compañía, precediendo toda esta marcha un prolijo reconocimiento por el piquete de lanceros, y durante esta marcha teníamos a la vista la infantería y caballería enemiga a la orilla opuesta en el río, y observamos gran humareda por parte del sur de La Barra donde estaban los enemigos fortificados, por lo que dedujimos que habían quemado sus acuartelamientos, repuestos y población»<sup>24</sup>.

Un preocupado Barradas escribía al capitán general de Cuba: «[...] es asimismo urgente, el que Vuestra Excelencia se sirva auxiliarme con

---

<sup>24</sup> ANC, Asuntos Políticos, leg. 34, exp. 26.

toda la mayor fuerza posible, tanto más cuanto que con el extravío de la fragata transporte y sobre ciento cincuenta bajas tenidas hasta llegar a él, me deja en una paralización que me priva de la ventaja de mantenerme en la ofensiva con notable perjuicio del buen servicio de Su Majestad. En Vuestra Excelencia consisten los buenos resultados sucesivos»<sup>25</sup>. El comandante en jefe había logrado lo que se esperaba de la expedición de vanguardia en los primeros días de campaña, pero a pesar de esta primera ventaja, sin el apoyo de los mexicanos y sin la ayuda procedente de la isla, se perderían los bastiones de Tampico y La Barra. Barradas invitó a parlamentar al general La Garza pero este rechazó todas las ofertas del español señalando que «ni toda España era capaz de alterar el orden del Gobierno Mexicano y destruir la República». El día siete, la división emprendió la marcha para Tampico de Tamaulipas a las 6 de la mañana bajo el mismo orden y precaución que en los anteriores días, más el apoyo de las lanchas cañoneras de la escuadra que río arriba seguían a la División que marchaba en columna, para mantener expedita la comunicación con La Barra. A una legua y media encontraron un atrincheramiento de palizada abandonado, e inmediato al paso llamado de Doña Cecilia, y continuaron la marcha, con el lodo hasta las rodillas, pues no cesaba de llover y todo aquel terreno era cenagoso. A las 12 entraron en Tampico de Tamaulipas, situado en la orilla del río Pánuco, por la parte del sur, y por el norte. Allí no quedaba nadie, todo el pueblo había emigrado.

El ocho de agosto se dio pasaporte a los prisioneros y a los oficiales mexicanos después de pagar por sus caballos la cantidad que pidieron. Los heridos de Tampico Alto fueron evacuados a Pueblo Viejo<sup>26</sup> y para el 10 de agosto llegaban al Cuartel General, excepto una poca fuerza que permaneció en Pueblo Viejo con el objeto de recoger los catres y canoas. El avituallamiento escaseaba y el bergantín *Tres Amigos*, que traía víveres no pudo arribar en Tampico por el poco fondo que tenía La Barra. Esta novedad obligó al general a partir con el grueso de la división hacia Altamira el 16 de agosto, con el doble objetivo de batir al enemigo y capturar ganado. El punto octavo de la orden del día 15 de agosto disponía las tropas que habían de permanecer en Tampico hasta el regreso de la División de Altamira: «A las órdenes del Señor gover-

<sup>25</sup> ANC, Asuntos Políticos, leg. 34, exp. 10. «Oficio n.º 314. Barradas al Capitán General». Cuartel General de Tampico de Tamaulipas, 11 de agosto de 1829.

<sup>26</sup> IHCM, sig. 5-2-4, n.º 9. Diario reservado de la Campaña de México, expedición de Barradas por el ayudante de campo D. Joaquín Rodríguez Campos, 1829.

nador de este Cantón (Salomón) quedarán todos los enfermos, y ciento cincuenta hombres con seis oficiales»<sup>27</sup>.

El ayudante de campo D. Joaquín Rodríguez Campos nos describe pormenorizadamente lo sucedido durante estos días:

«A las cuatro leguas de Tampico, observó nuestra descubierta, algunos enemigos dentro del bosque, a orilla de la Laguna de La Puerta, hizo fuego, pero todos huyeron, dejando dos muertos y a la inmediación un grupo de 20 caballos, en pelo, cuya presa fue oportunísima a la División, porque pudimos ya montar 30 soldados del Escuadrón, a estas horas que serían las 4 de la tarde hizo alto la División y campo inmediato a esta Laguna». A las 9 de la mañana del 17 de agosto: «Se formó la División y continuó la marcha atravesando la laguna con el agua por la rodilla [...] hallamos al enemigo atrincherado en una cortadura que había hecho al camino, cuyo paraje es llamado Las Lagunas de la Puerta y Punta de los Araos, y el parapeto de dicha cortadura muy mal construido tenía cinco pies de espesor y una tronera que ocupa una pieza de Campaña de pequeño calibre [...] Fruto de esta jornada se contaron por parte española ocho muertos y heridos entre ellos Juan Zuloaga, el Alcalde de Tampico, que murió a los cuatro días.



N.º 4. Plano del coronel José Ignacio de Yberrí, 1829.  
Mapoteca Manuel Orozco y Berra, México D.F

<sup>27</sup> ANC, Asuntos políticos, leg. 35, exp. 19. «Cuaderno del Estado mayor de la División». Orden del día 15 de agosto de 1829.



El día siguiente a la emboscada de camino de Altamira se formó la División al amanecer para marchar, en el mismo orden que el día anterior para entrar en Altamira, precediendo un largo reconocimiento del camino, veredas y emboscadas. Encontraron Altamira abandonada y después que la tropa hubo descansado se mandó salir una avanzada de 50 infantes y veinte caballos con dirección al rancho de El Chocolate distante tres cuartos de legua de Altamira, con objeto de recoger algunas vacas en donde se encontraron y batieron las avanzadas enemigas, recogiendo cuatro caballos, una docena de reses y algunos paisanos vecinos de Altamira que se habían refugiado allí, y volvieron a reunirse a la División a las cuatro de la tarde»<sup>28</sup>.

El diecinueve se dio descanso a la tropa; el veinte la columna fue hasta el rancho de El Chocolate, como legua y media de Altamira, que era en donde se observaban los enemigos. Este enclave fue abandonado por los mexicanos, encontrándose un buen número de vacas que se decidió llevar a Tampico. El gobernador del cantón de Tampico de Tamaulipas, Coronel Salomón, avisó a las seis de la tarde a Barradas (entonces en Altamira) de que el general Santa Anna se encontraba en Pueblo Viejo; tal como se lo había notificado el coronel Antonio Vázquez, comandante de las fuerzas de La Barra, por el que le anunciaba que las tropas del general mexicano habían entrado en el expresado Pueblo Viejo. Salomón le recuerda a Barradas que: «Según indiqué a Vuestra Señoría en dicho parte; tomé todas las medidas de precaución que exigían las circunstancias, reconcentrando mis fuerzas en la plaza de la Aduana, y ocupando las bocacalles y azoteas más elevadas. La fuerza de que podía disponer consistía en menos de doscientos hombres enfermos, convalecientes y cansados, a más cuarenta guías que llegaron aquella tarde del Cuartel General de Altamira conduciendo reses vacunas, y la mayor parte de ellos estaban estropeados del cansancio y lastimados de las espinas de los montes»<sup>29</sup>. Era el 20 de agosto y en:

«[...] menos de un cuarto de hora ocupó el enemigo toda la población a excepción de la plaza, y engrosado considerablemente, hacia un fuego muy vivo por todas las avenidas de ella. Continuó el fuego por una y otra parte hasta las dos; y advirtiendo el enemigo la resistencia que oponíamos a cuerpo descubierto en las calles y desde las azoteas, trató por tres ocasiones de forzar un ataque con la mayor parte de sus tropas para apoderarse de una pieza de a dieciséis que tenía colocada

<sup>28</sup> IHCM, sig. 5-2-4, n.º 9. Diario reservado de la Campaña de México, expedición de Barradas por el ayudante de campo D. Joaquín Rodríguez Campos, 1829.

<sup>29</sup> ANC, Asuntos políticos, leg. 34, exp. 10. «Oficio n.º 349».

en una de las bocacalles; pero todos sus esfuerzos fueron vanos porque las cortas y valientes fuerzas que defendían aquel punto le opusieron la resistencia más tenaz, hasta el extremo de atacarles a la bayoneta. Advirtiéndole que la idea del enemigo era la de ocupar a todo trance la plaza, y considerando muy débiles mis fuerzas para contrarrestar a mil quinientos hombres que me atacaban, despaché a Vuestra Señoría a las seis de la mañana un extraordinario dándole cuenta de mi crítica situación, y que me sería inevitable sucumbir sino me socorría con prontitud».

Salomón recordaba que cuando vio la bandera blanca mandó cesar el fuego en todos los puntos. Su objeto era ver si podía entretener al enemigo por algunas horas con una suspensión de armas para socorrer, curar y alimentar a los enfermos y heridos y de este modo ganar tiempo para que el brigadier Barradas llegase con la división. Suspendido el fuego enemigo Salomón, acompañado de Eugenio Aviraneta, secretario político de la división, tuvo una entrevista con el general mexicano Antonio López de Santa Anna en la que se limitó a pedir una suspensión de hostilidades por algunas horas con el objeto anteriormente indicado. Salomón dijo sobre esta reunión que:

«Santa Anna pretendía que capitulásemos bajo la base de que seríamos conducidos a La Habana a costa del gobierno con armas y equipajes. Se le contestó con arrogancia, que teníamos suficientes fuerzas y víveres para resistir veinte días a las suyas y que primero seguiríamos el ejemplo de Sagunto y Numancia, sepultándonos bajo las ruinas, que rendir las armas. Me resta ahora decir a Vuestra Señoría que la resistencia que ha hecho la tropa de mi mando en el día de ayer y noche anterior, es de las más heroicas que puedan contarse en los anales de la historia atendiendo al número y clase de individuos que quedan expresados al principio de este parte: hubo rasgos de heroicidad, constancia y valor en los individuos de todas clases, sin exceptuar uno solo. Las bajas consistieron en un oficial muerto, un jefe y tres oficiales heridos y de tropa siete muertos y treinta y siete heridos, entre los cuales se cuenta un marinero muerto y otro herido de la lancha cañonera»<sup>30</sup>.

Mientras, y en un tiempo sorprendente, las tropas de la división llegaron a Tampico. El general estaba ya dispuesto a entrar en combate cuando supo que su subordinado Salomón había comenzado negociaciones. Esta razón y el hecho de que 3.000 enemigos a las órdenes del general La Garza se acercaban a la plaza hizo que Barradas tomase una

---

<sup>30</sup> *Ibidem*. «José Miguel Salomón al Sr. Brigadier D. Isidro Barradas». Tampico de Tamaulipas, 22 de agosto de 1829.



decisión muy polémica. Dejar que las fuerzas de Santa Anna evacuasen la ciudad, ante la mirada atónita de los hombres de la expedición. Para Barradas, con esta decisión menoscababa la opinión y prestigio de Santa Anna, prefería hacerle pasar por esta humillación que emprender una acción sangrienta; que «aunque segura de ganarla, por lo que respecta a Santana, seis u ocho horas de resistencia que podía hacer al favor de las casas y azoteas en que estaba situado me ponían en el gran peligro de empeñarme entre él y los tres mil hombres de la Garza situados a la espalda».

Al parecer, los generales en jefe habían decidido continuar parlamentando al día siguiente, hecho este que el mexicano rechazó al día siguiente. Con este episodio Eugenio de Aviraneta se encargará de difamar al general Barradas en su obra *Mis Memorias Íntimas*. Barradas debía cumplir con la palabra dada por su coronel, porque hacerle prisionero hubiera supuesto una grave falta al honor de Salomón y el buen nombre del Ejército español se hubiera visto empañado. Además, si hubiera declarado públicamente que se había rendido la plaza de Tampico le habría supuesto al coronel Salomón un consejo de guerra provocando una sangrante herida en la moral de la tropa. Por tanto, Barradas optó por dejar en libertad al general mexicano y hacer como si no hubiera pasado nada irremediable; recomendó al veterano militar para el grado de brigadier, sabiendo además que había hecho todo lo posible por salvar una plaza mal protegida (responsabilidad del comandante en jefe), y de esta manera continuar luchando por su rey. Esta decisión fue realmente su acta de defunción política; el tener en sus manos al jefe del Ejército mexicano y permitirle que evacuase sus tropas constituyó sin duda un error mayúsculo, sin precedentes. Barradas no era un militar que hubiera hecho su carrera entre despachos, más bien todo lo contrario, era un soldado breado en mil acciones de guerra como para errar de esta manera, por tanto debe existir otro elemento determinante que desconocemos. A nuestro entender el papel jugado por ese extraño personaje llamado Aviraneta fue decisivo para el final de la expedición. Este en su *Mis Memorias* manifiesta la buena amistad que mantuvo con el general Santa Anna mientras vivió en Veracruz.

Desde el día 23 de agosto la enfermedad de la fiebre amarilla pasó a grado de epidemia. Cuatro días después, ante la enfermedad y muerte que sufrían la expedición, el general en jefe decidió formar una junta con todos los jefes de la división y se decidió que el ayudante Alechandre y el vista Delgado, fueran en una polacra a Nueva Orleans para

comprar víveres, pólvora y medicinas, portando para ello 10.000 pesos<sup>31</sup>. Barradas escribió a Vives informándole que la tropa se hallaba atacada de la enfermedad estacional epidémica del país con más de 700 hombres enfermos en los hospitales -consecuencia de los rigores del clima y de las rápidas marchas que han sido preciso emprender- y, por tanto, la división no se encontraba en circunstancias de poder emprender salidas para batir al enemigo, ni hacer la requisición de víveres por la escasez y extenuación de la fuerza. Para desgracia de la división, no solo estaban enfermos la tropa de Tampico, sino que eran muchos los soldados que llegaban en barcazas procedentes del fortín de La Barra a esa plaza.

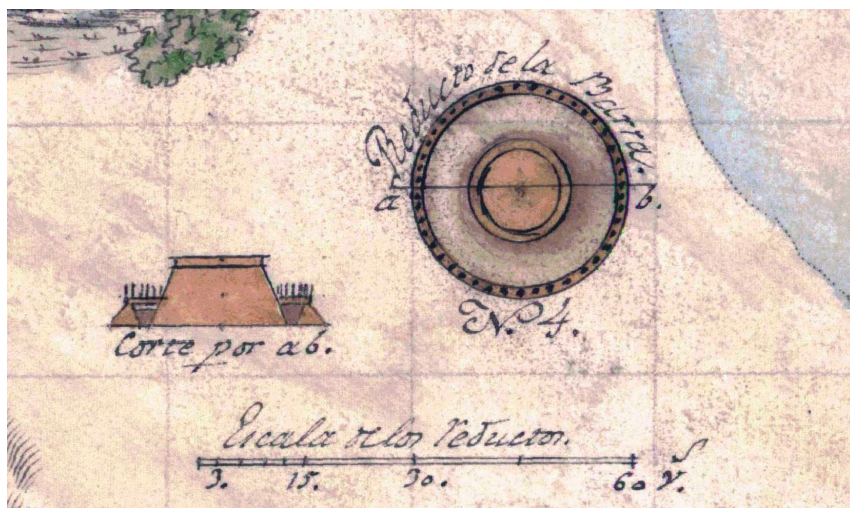
Respecto a las medidas de fortificación y líneas de seguridad que se dispusieron para protegerse de nuevos ataques mexicanos, solo se hizo a finales del mes de agosto una cortadura por algunas partes y una estacada que apenas llegaba a cubrir la cuarta parte de la línea defensiva que se había marcado. Para estas fechas no quedaba disponible la suficiente fuerza para llevar a cabo esta operación por lo que el brigadier dispuso «gruesas patrullas y fuertes retenes con partidas avanzadas de la poca caballería montada que había, e infantería de noche y día en los caminos de las avenidas de La Barra (labor que hizo el Batallón Rey Fernando) y Altamira (el Batallón Real Borbón), y trincheras con fosos y estacadas, cerrando enteramente los citados pasos desde la laguna que mora a la parte del Este del pueblo hasta el río por la parte del Oeste»<sup>32</sup>. El día 2 de septiembre el general Santa Anna en persona, a bordo de una lancha fue a reconocer el fortín que los españoles estaban terminando de construir en La Barra del río Pánuco y pudo percatarse de que la fortificación estaba erigida sobre un médano, que tenía una planta circular como de 60 metros de diámetro, conteniendo un parapeto común para la infantería y la artillería, construido con sacos terreros asegurados por medio de una estacada; que todo estaba rodeado por un foso como de 2,50 m de ancho, por 0,75 m de profundidad y finalmente, que del lado exterior del foso, salía un camino cubierto de unos 3 m de anchura, provisto de un parapeto como de 2 metros de altura, sostenido como el anterior, por medio de una estacada. En resumen, se dio perfecta cuenta de que dicho fortín era una

---

<sup>31</sup> IHCM, sig. 5-2-4, n.º 9. Diario reservado de la Campaña de México, expedición de Barradas por el ayudante de campo D. Joaquín Rodríguez Campos. 1829.

<sup>32</sup> ANC, Asuntos políticos, leg. 35, exp. 19. Declaración del teniente coronel Faustino Rodríguez.

buena obra de fortificación construida conforme a las reglas de la ingeniería militar<sup>33</sup>.



N.º 5. Detalle del plano del coronel mexicano José Ignacio de Yberri, 1829.  
Mapoteca Manuel Orozco y Berra, México D.F.

El día 3 por la mañana una patrulla española que realizaba labores de descubierta fue atacada en el camino de Altamira por una avanzada enemiga emboscada, muriendo dos lanceros, el sargento que los mandaba y siendo tomado un prisionero. Al día siguiente la balandra española, tan necesaria para comunicarse con el fortín de La Barra, fue capturada por el enemigo. Barradas consideró que la situación era ya insostenible y ordenó convocar una junta para decidir qué destino tomar. Los víveres escaseaban aún más y tan solo quedaban para alimentar a la tropa cinco días; no había medicinas, ni médicos, pues todos estaban enfermos, los hospitales albergaban a 1.000 moribundos y a esto hay que añadir que no quedaba pólvora ni balas de cañón. Ante la crítica situación se acordó pasarle una nota al general Santa Anna solicitando se iniciase proceso de capitulación. Durante los siguientes dos días las posiciones españolas de Tampico sufrieron el castigo de la Artillería del reducto de El Humo, en donde los mexicanos habían colocado «una culebrina de a 8 y un obús de 12 pulgadas, cuyo fuego de bala y granadas de bronce no cesaba de caer en todo el día».

<sup>33</sup> SÁNCHEZ LAMEGO, Gral. Miguel A.: *La invasión española de 1829*. Editorial Jus, Colección México Heroico, México, 1971.

Por la tarde salió el comandante Cruces, con 100 hombres para reforzar La Barra pues sospechaban un ataque sobre ella<sup>34</sup>. La nota del brigadier español decía: «Señor Don Antonio López de Santa Anna: la división a mi mando, después de haber cumplido con honor la misión a que fue destinada por orden del rey, mi amo, y deseoso por mi parte de que no se derrame más sangre entre hermanos por cuyas venas circula una misma, he determinado evacuar el país, a cuyo efecto propongo que entre usted y yo se celebre un tratado sobre el particular, bajo las bases que se detallarán, nombrándose dos comisionados por cada parte, suspendiéndose entre tanto todo género de hostilidades, para dejar franca la comunicación en este punto y La Barra». Por la mañana del día 9, el enviado pasó a Pueblo Viejo y después de seis horas regresó con la respuesta de Santa Anna, en el que seguro de sus fuerzas superiores, rechazaba toda proposición que no fuese la de entregarse a discreción. Santa Anna responde:

«Cumpliendo con tan caros como precisos deberes, he bloqueado por todas partes a Vuestra Señoría, le he cortado todo auxilio, he puesto a cubierto las costas de una nueva tentativa, y apenas puedo contener el ardor de mis numerosas divisiones, que se arrojarán sobre su campo sin dar cuartel a ninguno, si Vuestra Señoría para evitar tan evidente desgracia, no se rinde a discreción con la fuerza que tiene en esa ciudad de Tampico de Tamaulipas a sus inmediatas órdenes, y de los pocos que guardan el fortín de La Barra, pertenecientes a su División, para cuya resolución le doy el perentorio término de cuarenta y ocho horas, el cual pasado, acometeré a Vuestra Señoría sin admitir más parlamento, ni medio alguno que retarde la justa venganza que reclama el honor mexicano, de los ultrajes que le han inferido sus invasores»<sup>35</sup>.

Barradas reúne a toda la oficialidad y testigo de sus palabras, el subteniente Rodríguez Campos escribió:

«Señores, Santa Anna nos quiere degollar, –exclamó el general– no quiere entrar con nosotros en un partido prudente, y hacer una capitulación, que no nos degrade... quiere sí, que nos entreguemos a discreción para a su antojo, sembrar de cadáveres el suelo mejicano, inmolando los valientes que componen esta división, pero yo pienso que con un poco

---

<sup>34</sup> IHCM, sig. 5-2-4, n.º 9. Diario reservado de la Campaña de México, expedición de Barradas por el Ayudante de Campo D. Joaquín Rodríguez Campos, 1829.

<sup>35</sup> SÁNCHEZ LAMEGO, Gral. Miguel A.: *La invasión española de 1829*. Editorial Jus, Colección México Heroico, México, 1971, pág. 74. «Antonio López de Santa-Anna al Sr. D. Isidro Barradas». Cuartel general en Pueblo Viejo, 8 de septiembre de 1829, a las ocho de la mañana.

de paciencia le haremos entrar en razón, cuando vea que no doblegamos nuestro cuello. ¿Cuál es el parecer de los Señores Oficiales en este caso? preguntó el general, aquí todos opinaban que debíamos defendernos. Pues bien, dijo el general, ¡Viva el Rey!, a reunir cada uno su compañía y proclamar la tropa diciéndoles, que van a ser degollados sino se defienden, que todos hemos de morir, pero morir batiéndose es menos sensible» (subrayado del texto)<sup>36</sup>.

A las 10 de la noche, comenzó un temporal de viento del norte y lluvia, que aumentándose por momentos, impedía salir a la calle sin peligro de ser arrastrados. Se inundaron las trincheras y se deshicieron muchos parapetos. Esa misma tarde el general Barradas escribió a su amigo y compadre coronel Vázquez, comandante del fortín de La Barra, informándole de las disposiciones tomadas por la junta de oficiales y aprovechó asimismo la nota para despedirse de este. Santa Anna decidió atacar el fortín de La Barra a pesar de las difíciles condiciones meteorológicas y quién mejor que el coronel Vázquez para relatar los hechos acaecido esa noche, en la que ambos ejércitos se emplearon al máximo, derrochando un valor extraordinario que sería elogiado por ambas partes. «[...] el día de ayer amaneció el fuerte de mi mando inundado enteramente de agua, por efecto del tenebroso huracán del anterior. Tiendas, municiones y gran parte de la estacada, todo nadaba sobre el líquido elemento [...] Todo fue horror, confusión y espanto, y hasta las mismas armas único patrimonio de mi fidelidad y honor, sufrieron entonces momentánea destrucción. En tan patético estado determiné a evitar daños mayores, abandonar el fuerte como lo hice refugiándome a un cerro distante 6.000 toesas [1.170 m], donde en el centro de las armas y mis valientes soldados permanecí entre lluvias e intemperies hasta la hora doce que cedió el temporal en algún tanto». Tan pronto como regresaron al fortín las tropas, el coronel Vázquez emprendió la ardua labor de reparar todos los desperfectos, salvar la pólvora menos húmeda y poner «corrientes y disponibles la Artillería y fusiles, cuya operación duró hasta anochecido que se hicieron hogueras para secarse la tropa». Un oficial enviado por Santa Anna se presentó a las nueve y media de la noche en el campamento español. El parlamentario –recordaba el coronel Vázquez–: «Me hizo a nombre de su General proposiciones ventajosas y aparentando compadecerse de mí y del estado de mis tropas, me añadió que si no cedía sería en

---

<sup>36</sup> IHCM, sig. 5-2-4, n.º 9. Diario reservado de la Campaña de México, expedición de Barradas por el ayudante de campo D. Joaquín Rodríguez Campos, 1829.

pocas horas atacado por columnas muy respetables. Desoí su misión y le dije terminantemente me disponía desde luego a hacer la defensa que me inspiraba el honor y mi estrecha obligación». Tras dos horas sin novedad, y sobre las doce de la noche, varias lanchas desembarcaron tropas mexicanas en las playas de las Casas de Comercio, a escasos 1.000 metros del fuerte. Inmediatamente se hizo fuego de artillería consiguiendo que se retirasen a muy pocos cañonazos. Vázquez intuyó que un ataque frontal y directo iba a producirse, por lo que dio orden de prepararse para el inminente combate. Este no tardó en llegar y, cuando no había pasado ni una hora, tres numerosas columnas (unos mil hombres) arrollaron las avanzadas y se agolparon en orden y semicírculo sobre la misma estacada. La fuerza española en el fuerte de la Barra no superaba los 300 hombres, muchos de ellos enfermos, y casi todos exhaustos por los trabajos y falta de alimento. Vázquez recuerda que: «Se empeñó la acción con el mayor calor y encarnizamiento por ambas partes. Fueron rechazados los contrarios, y tornaron con entusiasmo a la estacada, y más y más veces rechazados y más y más tornaban nuevamente, agarrándose siempre de las mismas estacas, y con igual denuedo que el principio. Mis Soldados firmes en la resistencia y sobre todo fieles Españoles manifestaron en este día el valor heredado en la magnánima Nación donde nacieron. Se generalizó el fuego de fusilería tocándose y agarrándose sus bayonetas, atacados y atacantes. Mi artillería a pesar de tener que economizar los tiros por sus pocas destruidas municiones, hizo fuego con oportunidad y recomendable acierto».

En el fragor del asalto, el coronel Vázquez resultó gravemente herido, hecho este que no impidió que continuase dirigiendo la posición española. El jefe español decía que:

«Continuó la acción con iguales ataques, el propio calor y mayores ardimientos inundose con cadáveres de ambas partes lo interior del fuerte, su foso y externas orillas. En este estado rayó la aurora del día de la fecha y a pesar de mi total debilidad y pérdida de cerca de la mitad de la fuerza, dispuse saliesen inmediatamente cuarenta hombres, y que cargasen a la bayoneta, lo que se practicó con entusiasmo y denuedo, consiguiendo con tal arrojo la precipitada fuga de los Mexicanos alejándolos como a tiro de fusil de mi posesión. Al recibo de esta fuerza se presentaron dos columnas de Infantería y Caballería de cuatrocientos hombres cada una, por lo que se retiró la partida. En seguida tiró la Artillería dos cañonazos de metralla con los que desordenó y logró la



huida de dichas Columnas, quedando desde aquel momento el campo por las tropas Españolas regada de cadáveres».

La pérdida mexicana, según las apreciaciones españolas, ascendería a 150 muertos y 250 heridos, mientras que entre las filas realistas serían 56 de los primeros y 86 de los segundos, y en ambas partes un buen número de jefes y oficiales<sup>37</sup>. El dramático campo de batalla que observó el coronel español tras la acción, lo obligó a llegar a un acuerdo con el general mexicano Terán para recoger todos los heridos «para que enviase por los suyos igualmente que por los míos si lo hallaba por conveniente propuesta que desde luego admitió remesando lanchas y conduciéndolos todos a Pueblo Viejo». La resistencia heroica española mostrada en la noche del 11 de septiembre de 1829 en el fortín de la Barra «guardada la proporción tan heroica, como muchas otras que se tienen por memorables ocupando páginas distinguidas en la historia. Finalmente si se hiciera de ella el aprecio que se merece, sería honorífico, su acuerdo a las armas Españolas, recordaría lo de que son capaces en los mayores apuros Soldados exhaustos de víveres y alimento, y demostraría creíble lo que acaso la posteridad presumirá fabuloso. No recomiendo a ninguno de los de la guarnición en particular porque sería agraviar virtualmente a la totalidad. Todos se han distinguido a porfía, todos excedieron a los límites del valor, todos se han hecho dignos de la consideración del Soberano; y por todos ruego a Vuestra Señoría impetre las gracias que por sus méritos les correspondan», recordaba el coronel Vázquez<sup>38</sup>.

Al amanecer del día 11 y, después de once asaltos a la bayoneta, el ejército del general Santa Anna se retiró a la posición de D.<sup>a</sup> Cecilia en donde a lo largo del día se le fueron uniendo más efectivos. A pesar de vencer en todos los enfrentamientos al enemigo, la fiebre amarilla (que llegó a matar a cerca del millar de soldados españoles), el hambre y las difíciles condiciones atmosféricas, hicieron que la expedición no tuviera la más mínima posibilidad de éxito. Todo ello obligó a capitular en el cuartel general de Pueblo Viejo de Tampico ese mismo día. El 11 de septiembre, el general Isidro Barradas firmó finalmente la capitulación del ejército expedicionario. Convocó la junta de jefes para informarles

<sup>37</sup> Las cifras ofrecidas en el diario del subteniente Rodríguez Campos son: «Tuvo el enemigo de pérdida 500 hombres muertos y heridos, la mitad de los Oficiales, y todos los Jefes, incluso tres ayudantes de Santa Anna, de los cuales ciento cincuenta muertos estaban sobre las mismas estacadas del Fortín, siendo nuestra pérdida la de quedar heridos ambos jefes que mandaban el fuerte, 5 oficiales y 85 de tropa, y muertos 58 hombres y cuatro oficiales».

<sup>38</sup> ANC, Asuntos políticos, leg. 34, exp. 10. «Oficio n.º 56. Antonio Vázquez». Fortín de La Barra de Tampico de Tamaulipas, 11 de septiembre de 1829.



de que iba a enviar a La Habana al brigadier Salomón y al subteniente Joaquín Rodríguez Campos para que dieran a conocer la triste noticia al capitán general de Cuba, tal como había expresado su voluntad la Junta reunida el día anterior y, a su vez, el propio general marcharía a Nueva Orleans en busca de transportes para desalojar a la tropa que moría en las costas mexicanas.

El general Barradas permaneció en Nueva Orleans hasta que supo que la flota de la Armada española se ocupaba de la repatriación de sus hombres. Hemos podido comprobar cómo el brigadier mantuvo correspondencia con su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Fulgencio Salas, preocupado por conseguir un flete que transportara la división y enviar comestibles y medicinas a los que aún permanecían en Tampico. Seguramente el general pudo ser informado de que había orden, o al menos intención, de juzgarle en Cuba por la capitulación, por lo que decidió dirigirse a España para explicar al rey los pormenores de la campaña ya que temía que las autoridades de Cuba actuaran arbitrariamente contra su persona.



N.º 6. Copia fiel de un plano español de la época de 1829 del teniente norteamericano James Hagner (hacia 1847). Biblioteca del Congreso de los EE. UU.

A partir de estos momentos el Brigadier de los Reales Ejércitos Isidro Barradas pasó la fina divisoria entre historia y leyenda. Han sido y

son muchas las historias que sobre este personaje se cuentan, desde que se cambió de nombre y vivió en el anonimato en las montañas de México hasta que se suicidó en Nueva Orleans, tal como llegó a aparecer en un rotativo. Pues bien, ni una ni otra, a Barradas le esperaba un futuro aciago, lleno de sufrimiento y soledad, vagando durante años por Francia, esperando fielmente a que fuera llamado algún día a presencia de su rey para poder defender su honor y la de los valientes que lucharon en tierras mexicanas. Pero no pudo ser, y el 14 de agosto de 1835 falleció en la ciudad de Marsella cuando contaba 52 años.

#### *A modo de conclusión*

La condena a Barradas por ambas partes en conflicto fue unánime. Para los republicanos mexicanos reconocer que la derrota española se debió a factores no vinculados a la superioridad militar mexicana era menospreciar el hecho de armas. Políticamente resultaba difícil vender a su ciudadanía la idea de que habían sido las enfermedades y el hambre quienes habían derrotado al ejército invasor y no el arrojo y destreza del general López de Santa Anna y sus hombres. Aunque, lógicamente, los argumentos no fueron los mismos para las autoridades españolas, resultaba más sencillo criminalizar al brigadier Barradas quien, con fama de fanático servidor del rey y de exaltado carácter, no gozaba de buena prensa entre las autoridades de la Isla de Cuba, y de este modo, enmascarar la pésima organización de la expedición y el dramático final de la Brigada de la Corona. A su vez, hay que constatar que para la historiografía española del siglo XIX, embebida de una ideología imperialista sin imperio, no era concebible que el glorioso Ejército español hubiera sido derrotado por un ejército como el mexicano, por lo que era más fácil acusar de todas las desgracias al hombre que dirigió la expedición.

Es por todo ello que Barradas haya sido tan vilipendiado. Al coincidir ambas partes, se han aceptado como verdaderas estas acusaciones. La historia o, mejor diríamos la investigación rigurosa de esta, tiene la obligación de recuperar la imagen de un militar como Barradas quien, a pesar de sus limitaciones, no dudó en cumplir fielmente las órdenes de su rey y proteger con determinación a sus hombres.

## BIBLIOGRAFÍA

- ESCOBAR, Manuel María: “Campaña de Tampico de Tamaulipas, año de 1829”, en *Historia Mexicana*, vol. IX, n.º 1, 1959.
- GRANADOS RAMÍREZ, David: *La Victoria de Tampico de 11 de septiembre de 1829*. Ed. Sep-Indautor, Tampico, 2004.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel: *La emigración canaria a América (1765-1824)*. Ayto. de La Laguna-Ayto. de Icod de los Vinos-Centro de la cultura popular canaria, Tenerife, 1996.
- LEÓN, Francisco María de: *Apuntes para la Historia de las Islas Canarias, 1776-1868*. Aula de Cultura de Tenerife, Tenerife, 1966.
- ROSA OLIVERA, Leopoldo de la: «El brigadier Barrada o la lealtad», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 13, 1967.
- RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, Jesús: *La expulsión de los españoles de México y su destino incierto (1821-1836)*. Universidad de Sevilla-CSIC-Diputación Provincial de Sevilla, Madrid, 2006.
- *Barradas: El último conquistador español. La invasión a México de 1829*. INEHRM, México, 2011.
- *El tinerfeño Isidro Barradas y la reconquista de México, 1829*. Ediciones Idea Tenerife, 2011.
- SÁNCHEZ LAMEGO, Gral. Miguel A.: *La invasión española de 1829*. Editorial Jus, Colección México Heroico, México, 1971.
- Catálogo de la Colección de Banderas*. Museo Nacional del INAH, Secretaría de Gobernación, México, 1990.

## ARCHIVOS

- ACM. Actas del Consejo de Ministros.
- AGI. Archivo General de Indias.
- AGN. Archivo General de la Nación (México).
- AGM. Archivo General Militar.
- AHN. Archivo Histórico Nacional.
- ANC. Archivo Nacional de Cuba.
- AASCL. Archivo del Ayuntamiento de San Cristóbal de la Laguna (Tenerife).
- IHCM. Instituto de Historia y Cultura Militar.